

Signo de los Tiempos

El fin de la Posrevolución

POR LORENZO MEYER

NADIE puede negar que hoy la incertidumbre es la característica central de nuestro futuro. ¿Quién se atrevería ahora a afirmar con certeza cuándo y cómo superaremos la crisis? Algunas de las fuerzas que decidirán nuestro futuro —el mercado internacional, por ejemplo— están fuera de nuestro control. Sin embargo, creo no equivocarme si digo que cuando salgamos de la crisis veremos el difícil tiempo que hoy vivimos como el principio de un parteaguas de nuestra historia.

La vida en medio de la crisis impide tener perspectiva. Pese a ello, creo que, sin darnos cuenta, acabamos de dejar atrás el periodo posrevolucionario —ese que empezó en 1940— y que ahora nos encontramos en los difíciles umbrales de algo que, de manera provisional, se le puede llamar la "posposrevolución". El nombre suena mal, pero tiene la ventaja de estar a tono con la textura de los tiempos que corren.

★

EN TRE los historiadores hay un cierto consenso —aunque no unanimidad— sobre cuáles son los puntos de inflexión, es decir, de cambio, en la historia política de nuestro país. Hay, por lo menos, nueve: la independencia (1810-1821), la época de los caudillos y los caciques (1821-1855), la Reforma (1855-1861), la intervención (1861-1867), la república restaurada (1867-1876), el porfiriato (1876-1910), la Revolución Mexicana (1910-1920), el régimen de la revolución (1920-1940) y, finalmente, la posrevolución (1940-?). En mi opinión, ya llegó el momento de añadir la última fecha al paréntesis revolucionario y un nuevo título a la lista, el décimo.

¿Cómo se inició la nueva etapa? Contestar esta pre-

gunta significa, entre otras muchas cosas, saber por qué de funcionar la forma de gobernar que inauguró Manuel Avila Camacho, esa forma que usó espléndidamente de la Segunda Guerra Mundial para cubrir con el manto patriótico de la unidad nacional y con el auge de las exportaciones las contradicciones sociales; significa, igualmente, determinar por qué dejó de ser viable la búsqueda de la utopía industrial a la que se lanzó Miguel Alemán basado en una idea exagerada del mercado interno; significa, también, determinar la causa por la que perdió funcionalidad el discreto

autoritarismo de Ruiz Cortines, ese autoritarismo que más de un observador extranjero confundió con democracia. En fin, significa asimismo encontrar la razón por la cual el modesto carisma de Adolfo López Mateos ya no resurgió en ninguno de sus sucesores.

No es mi intención hacer aquí un listado de todas las características de la era posrevolucionaria que han dejado de operar con un mínimo de eficiencia. Creo que con las señaladas basta para justificar la hipótesis de que ese periodo de nuestra historia ha concluido. El principio del fin de la posrevolución fue violento, dramático, como lo fueron también la mayoría de los finales de las épocas históricas anteriores.

★

JUNTO a los muertos el 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1970, también cayó herida la legitimidad del autoritarismo discreto. Antes de 1968, Gabriel Almond y Sydney Verba habían encontrado, y así lo asentaron en *The Civil Culture*, que pese a las obvias fallas de la clase dirigente, el grueso de la población aún podía identificarse con el régimen y el gobierno mediante los símbolos de la Revolución Mexicana. Después de 1968 esto fue cada vez menos cierto y ya no lo es hoy día. Los símbolos perdieron su vitalidad, envejecieron y dejaron de ser creíbles. No hubo nuevos símbolos. El golfo entre gobernantes y gobernados se ahondó.

Los años 70 fueron la oportunidad perdida. Quienes entonces dirigieron a México pudieron haber iniciado el tránsito ordenado de la posrevolución a una nueva etapa, una más a tono con la modernidad, la eficiencia y la justicia. Desgraciadamente no lo hicieron. Les faltó visión, talento y honradez.

TAL y como algunos observadores nacionales y extranjeros lo habían advertido desde antes, en los años 70 el modelo económico se deterioró aceleradamente. Se quiso impedir lo inevitable por medio del endeudamiento externo masivo y de una reforma política superficial. El gran desafío no se enfrentó y, en cambio, se echó mano del capital político acumulado para posponer el cambio. Al final, el cambio se dio en las condiciones menos propicias.

En mi opinión, 1982 es el

año en que finalmente murió la posrevolución. El fin del sexenio de López Portillo coincidió con la imposibilidad de seguir creciendo al ritmo histórico. La crisis pospuesta a fuerza de préstamos y petrolización, nos golpeó de lleno y con

11-VI-86

brutalidad inesperada. Así, la nueva época se inició en medio del desconcierto y de la pérdida de confianza. Tal fue el impacto que, si no reaccionamos con firmeza, se corre el peligro de quedarnos paralizados en una especie de crisis permanente.

El decidir que la posrevolución ya quedó en el pasado no es sólo un pro-

blema académico, también lo es práctico. Aceptar la idea del cambio sustantivo —nuevas metas y nuevas reglas— permitiría a quienes hoy nos dirigen, y a los que pronto les sucederán, trazar un plan realista de lucha por ganar el futuro. Se necesita contar con algo que sea menos irreal e irrelevante que el Plan Nacional de Desarrollo, que nació muerto en 1983 y que ya

está olvidado.

En la actualidad, la realidad y el discurso político siguen yendo por caminos muy diferentes, y por ello sólo ahonda la confusión. La realidad es que, como bien lo señala Manuel Villa, el Estado intervencionista —la característica central del Estado de la posrevolución— está dejando de funcionar aquí como en muchas otras partes. El vacío

lo está ocupando, a empujones, el Estado neoliberal. No es algo que me guste, pero es un hecho.

Desde las alturas del poder se insiste en hablar de cosas como el derecho a la salud, al trabajo, etcétera, mientras que en la realidad la desnutrición y el desempleo avanzan. Se insiste en elevar a rango constitucional "la rectoría del Estado", justo cuando el Estado

parece incapaz de dirigirse a sí mismo. Es tiempo de cambiar, de imaginar y de huir de la crisis avanzando.

Nos urge otro proyecto nacional; sólo así llegaremos al consenso que hoy nos falta.